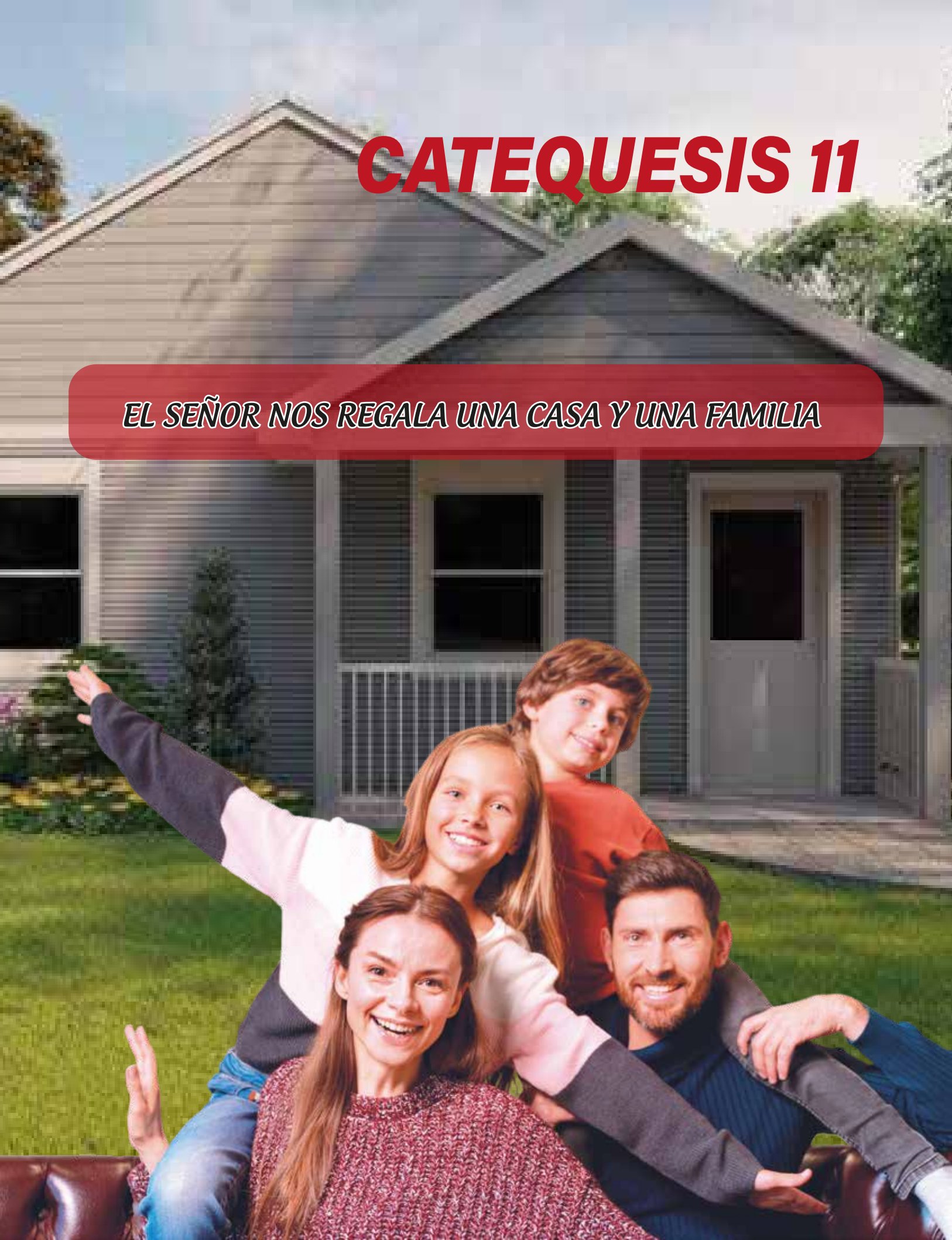


CATEQUESIS 11

EL SEÑOR NOS REGALA UNA CASA Y UNA FAMILIA



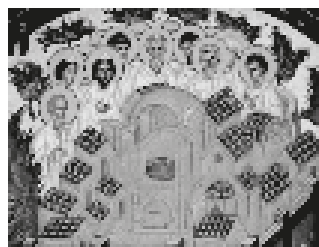
Saludo: Durante estas semanas hemos descubierto que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo nos revela tantos misterios del amor de Dios y está tan lleno de signos del cumplimiento evidente de las promesas antiguas, de sorpresas y de riquezas, en beneficio de cada uno de nosotros y del mundo entero, que todo Él, sin la menor duda, es magnífica noticia para la humanidad entera. En Él se concentra la Buena Noticia de Jesucristo (cf. Mc 1, 1) y de todo lo que Él nos comunica. A la predicación gozosa y testimonial de todo esto y, en particular, del acontecimiento de Cristo, de su muerte y resurrección, así como al anuncio nunca excesivo del amor infinito del Padre por toda la humanidad se le llama, desde muy antiguo, kerigma.

En este encuentro vamos a recibir el gratísimo anuncio de la familia que, en Cristo, Dios nos da. El Padre del cielo ha dispuesto darnos, en Ella, una madre amantísima que siempre nos acoge. Se trata de la Iglesia Santa, muestra de la infinita condescendencia de Dios que quiere congregar a todos sus hijos como pueblo amado y de su propiedad. Es la “nueva Jerusalén” que anuncia el Nuevo Testamento, una comunidad de amor con dimensiones terrenales y celestiales, universales y particulares, en la que circula la savia nutriente y fecundísima de los dones del Espíritu que Él ha dado a los suyos por su Pascua. Participemos activamente.

Acogida - Signo e interacción: Disposición humana para el tema.

Preparación: Contemplar las siguientes imágenes que nos explican lo que es la Iglesia. Dialogar: ¿Por qué la Iglesia es el cuerpo de Cristo, campo de labranza, esposa de Cristo, rebaño del Señor, Jerusalén Celestial, cuerpo místico de Cristo y la construcción de Dios?

Imágenes de la Iglesia según el Concilio Vaticano II
Constitución Dogmática Lumen Gentium numerales 6-7



Oración inicial:

Señor Jesús, de todo corazón te damos gracias por el maravilloso anuncio que hemos escuchado y que se ha desplegado ante nuestros ojos. Te alabamos y quisiéramos dedicarnos a Ti con todas nuestras fuerzas para ponernos a tu disposición, para amarte y servirte mejor. Concédenos esta gracia que sólo Tú puedes dar y haz que nuestro encuentro de hoy toque las fibras más íntimas de nuestro ser y nos haga ver la belleza de la vida comunitaria en la Iglesia. Tú, que vives y reinas con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. ANUNCIO - El señor nos regala una casa y una familia

Metodología: Para recibir íntegro este anuncio, se sugiere realizar un solo encuentro con amplia disponibilidad de tiempo. Si no es posible, entonces será mejor tener dos encuentros, de tiempos más cortos. Ya que el anuncio cuenta con bastantes textos bíblicos, se deben ir buscando uno por uno, para lograr la profundización y motivar a que los asistentes tengan manejo de la Sagrada Biblia.

2. ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (IGLESIA)

La comunidad cristiana

El Señor agregaba a la comunidad a los que habían de salvarse (Hechos de los Apóstoles 2,47). Tanto en los Evangelios como en los Hechos de los Apóstoles, en las cartas de San Pablo, de San Pedro e incluso en el libro del Apocalipsis y en las cartas de San Juan, aparece un signo nuevo y luminoso que ha servido siempre como señal de que lo que anunciamos a propósito del cumplimiento de las promesas hechas a nuestros antiguos padres por medio de los profetas y de la nueva y eterna alianza en Cristo, no es leyenda ni vana promesa sino un hecho contundente y plenamente visible. Se trata de la “gran señal” (Ap 12,1), es decir, la Iglesia o la comunidad cristiana, en la cual se congregan los que creen (Mc 16,16) para experimentar la presencia del Resucitado, para compartirlo todo en la caridad, para cumplir como discípulos los mandatos del Señor, para dar unánimes “el testimonio de Jesús”, (Ap 19,10; 20,4) para experimentar la salvación como vida nueva y para implantar el Reino de Dios en el mundo por la misión que el mismo Cristo les encomendó (Mt 28,18-20).



Efectivamente, desde cuando Pedro hizo su primera famosa intervención de Pentecostés (Hch 2, 14ss), los que acogieron el kerigma y creyeron en Jesucristo muerto y resucitado, guiados por los Apóstoles, es decir, por la Iglesia misma, comenzaron un camino de conocimiento y de conversión y, una vez iniciados convenientemente en lo básico y fundamental de la fe y la vida que brotan del Evangelio, fueron bautizados y acogidos en la comunidad cristiana.



Así, por la fe y por el Bautismo, los que creen entran a formar parte de una comunidad de hermanos que, en Cristo, por Él y con Él, se sabe heredera de todas las promesas de Dios y que, por lo mismo, por misterioso designio del infinito amor del Padre, constituye el definitivo Pueblo de Dios. En este sentido los discípulos entienden que el llamado a la Iglesia es puro don de Dios y que es Dios quien “agrega” a este cuerpo a los que se han de salvar, aunque el instrumento y el medio para este llamado sean ellos mismos, su misión y la sencillez de su predicación y su testimonio.

Como se relata en los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16), las pequeñas comunidades del origen se caracterizaban fundamentalmente por su forma especial de vivir: no eran simples grupos de simpatizantes de una causa, sino que vivían de una manera particular. Se reunían con asiduidad para escuchar la enseñanza de los Apóstoles, es decir, para aprender los misterios de la fe de su fuente primera, como lo haríamos nosotros hoy por la meditación de la Palabra y la Catequesis de la Iglesia para la comunión, que desde hoy podríamos comenzar a llamar “técnicamente”, koinonía y que consiste en el misterio del estar unidos, del hacer reunión o congregación porque en esa unidad se hace presente el Señor y porque allí nos edificamos unos a otros en la fe, la esperanza y la caridad para la fracción del pan, que es el primer nombre que los cristianos dimos a la Eucaristía; y para las oraciones. Se nota que la gente buscaba con frecuencia, con admiración y cariño, a los Apóstoles. En los primeros versículos del libro se puede entender que también buscaban con gusto a “María, la madre de Jesús”. Y se sabe que compartían todo lo que tenían mientras, procuraban, por todos los medios disponibles, que todos conocieran esta experiencia y vieran que era de verdad la intervención definitiva de Dios en la historia humana.

En esas comunidades se daban al mundo los signos del amor y la unidad, tal y como lo pide de nosotros el mismo Señor. Recordemos que, en la última cena con los Apóstoles, dijo:

“Lo que les mando es que se amen los unos a los otros como yo los he amado. En eso conocerá el mundo que ustedes son mis discípulos” (Juan 13,35) (Ver también Juan 17,21).

Pues esto fue tan eficaz, que ya en el siglo segundo, a menos de cincuenta años de la muerte del último de los Apóstoles, había quien exclamaba:

“¡Miradlos cómo se aman!” Y por este testimonio muchos hombres y mujeres se adhirieron a la Iglesia.

Y así la Iglesia se iba constituyendo, custodiando siempre intacto lo que San Pablo llama “el depósito de la fe” (1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12-14). La vida cristiana comenzaba a vivirse en comunidad y la comunidad cristiana se encargaba de mantener intacto lo que había recibido de los Apóstoles. Fue así como nacieron las doctrinas que la Iglesia custodia con tanto celo hasta nuestros días. Con la muerte del último de los Apóstoles, la Iglesia tuvo cuidado de discernir y conservar atentamente: lo que de ellos había recibido; la lista de los libros sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; su liturgia y sus sacramentos; sus costumbres tradicionales; y todo aquello que es su tesoro. Por eso, para nosotros, hoy, sigue siendo determinante el vínculo con la comunidad cristiana primitiva, así como con la gran comunidad de la Iglesia que ha custodiado y mantenido íntegra y fielmente la Tradición.



En el contexto actual es muy bonito e importante recordar, por supuesto que en un sentido de serena apertura a todos los hermanos y con delicada sonrisa, que la Iglesia fue primero “católica” y sólo después “cristiana”. Es que, de acuerdo con la Biblia, el Señor Jesucristo la quiso ante todo católica, (ver Catecismo de la Iglesia Católica CCE numerales 831-832) es decir, “universal”, por su vocación de ser signo para todas las naciones y porque quiso, en consecuencia, dotarla con la integridad de los medios de salvación. Y además, porque en su discurso de despedida la mandó a todos los seres humanos, a todo el mundo y a predicar todo lo que Él había enseñado (Mt 28, 18- 20).

Esos “todos” del Señor definen a catolicidad de la Iglesia, que todos los cristianos saben que es una de las notas esenciales de la Iglesia de Cristo. Solo más adelante, ya floreciente la comunidad cristiana de Antioquía, teniendo en cuenta que al puro inicio los discípulos realmente no querían un rompimiento definitivo con el pueblo judío y que mucha gente veía a las comunidades cristianas como secta judía (al lado de fariseos, saduceos, etc.), en aquella ciudad, para distinguirlos, a algunos se les ocurrió comenzar a llamar a los discípulos “cristianos” alrededor del año 37 (Hch 11,26). Nosotros somos cristianos y somos católicos en plenitud de sentido.

El Nuevo Testamento contempla a la Iglesia como una ciudad preciosa o como una novia de belleza radiante que desborda luminosidad y gracia. Así la ve el libro del Apocalipsis y así la ven los demás escritos. De esta manera, Ella es llamada simplemente “la Elegida” (1 Pe 5,13; 2 Jn 1,1.13), pero también santa (Ef 5,27; 1 Pe 2,9.10; Ap 11,2; 21,2.10; 22,19) y amada (Rom 9,25; Ap 20,9). En su entusiasmo, San Pedro resume a sus oyentes lo que Ella recibe del Pueblo de las Promesas, es decir, del Antiguo Testamento, y realiza de modo definitivo y admirable: “ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncien las virtudes de Aquél que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9).

Pero estos mismos escritos la ven a Ella también como la esposa de Cristo, bellísima, radiante, cubierta de joyas (Ap 19,7; 21,2.9; 22, 17), mujer que en sí misma es el gran signo (Ap 12,1-4.6.13.14.15.16.17) que aparece en el cielo cuando en él se ve por fin el Arca de la Alianza (Ap 11, 19). De esta manera la Iglesia que conformamos quienes nos hemos congregado en esta comunidad de amor es virgen por su integridad y por su capacidad para guardar fidelidad intacta al Señor, Novia y Esposa por elección y por la consumación, en el sacrificio de Cristo, de un amor que no tiene rival, y madre por su fecundidad impresionante, madre de todos los hijos que engendra la Gracia. Todo esto nos indica cuánto amor y cuánta admiración despertó la Iglesia en los Apóstoles.

- En el misterio de la alianza

La Biblia es la historia de una alianza que Dios ha querido establecer con la humanidad desde siempre. Por medio de esa alianza Dios nuestro Señor ha querido mostrar su amor a la humanidad y, para llevar a cabo sus planes, se ha elegido un pueblo. Pero ese pueblo no estuvo a la altura de lo que Dios esperaba de él. De hecho, probó que solo Dios podía hacer lo que los seres humanos no somos capaces de llevar a cabo.



Por eso, Dios mismo se ideó un plan en el que su Hijo único, a nombre de todos, establecería una alianza nueva y eterna, sellada nada menos que con su sangre. De esta manera Dios sí que nos mostraría que su amor es eterno y más fuerte que la misma muerte.

De tal manera que, por pura gracia, en los tiempos por Él determinados envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley (Gal 4, 4), en el seno mismo del pueblo de las promesas, para establecer la alianza que sí había de ser perfecta y para llevar a cabo sus planes de misericordia. Quiso siempre, además, congregarse a toda la humanidad en una sola familia universal, es decir, “católica” y establecer con ella esta Alianza en la que todos podemos experimentar las riquezas de su amor. Para eso, de los dos pueblos (Ef 2,14), del que había tenido todas las oportunidades de la alianza, y del otro, llamado por pura bondad, hizo un solo pueblo, la Iglesia, llamada en virtud de la gracia que brota del sacrificio pascual de Cristo.

Esta santa Iglesia, en la riqueza extraordinaria que le confieren los dones propios de la Alianza nueva y eterna, es a la vez:

- Cuerpo de Cristo Rom 12,4-5; 1 Cor 10,17; 12,12-14.18-20.25.27; Ef 2,16; 3,6; 5,23; Col 1,24; 3,15.
- Templo del Espíritu 1 Cor 3,16; 6,19; Ef 2,21-23; y Rom 5,5; 2 Cor 6,16; Ap 21,22.
- Rebaño del Señor Jn 10,11-16.26; 21,15-17; Lc 12,32; Heb 13,20; 1 Pe 2,25; 5,2-3.
- Morada santa 1 Pe 2,5; Ef 2,22; 1 Tim 3,15; Heb 10,21; y por extensión: Jn 14, 2.
- Pueblo de Dios 1 Pe 2,9-10; Lc 1,17.68.77; Hch 15,14; Rom 9,25; 10,19; 2 Cor 6,16; Ap 18,4; 21,3.
- Esposa del Cordero Jn 3,29; Ap 19, 7; 21, 2.9; 22,17. Mt 9,15; Mc 2, 19-20 y Lc 5, 34-35; Is 49, 18; 62,4-5; Jer 2, 2.32; 3, 14.20; Os 2, 19- 20; Ez 16.
- Viña elegida... Mt 20,1-16; 21;33-41; Jn 15,1-8; (Is 5,1-7; Jer 12,10; Os 10, 1).

Los Apóstoles describen su misterio con muchas otras comparaciones llenas de sentido. Y los primeros cristianos daban su vida por la Iglesia. Por eso, la Iglesia es parte del gran anuncio de la salvación. Abramos hoy nuestro corazón y nuestra mente a la revelación de este misterio. Demos gracias a Dios por la Iglesia y veámosla como es en sí misma, como Dios la ha pensado, pensando que Ella puede ser en el mundo “radiante, sin mancha ni arruga” (Ef 5,27) si nosotros acogemos esta Palabra y nos dedicamos a cumplir la voluntad de Dios.

- ***En la Iglesia Dios nos regala una familia y una casa***

Desde siempre, quiso el Señor prepararse una familia, a imagen de la familia Trinitaria del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Por eso pensó en la familia humana y pensó en la Iglesia. Las dos son parte de la magnífica noticia, tanto la familia de la Iglesia como la familia en que nacemos a la vida.

El plan del Señor es que todos nazcamos en una comunidad de amor, en la que dos, tres o más personas diferentes, sean una sola familia, para que podamos comenzar a comprender los misterios de su amor. En este sentido, tanto la Iglesia como la familia humana son casa y escuela de comunión. En ellas vivimos el misterio de la fraternidad y nos enriquecemos los unos a los otros como hijos del mismo Padre. En ambas crecemos como personas mientras cumplimos el plan de Dios.



La comunidad cristiana se experimenta como una familia que apoya y que anima, que educa y que refuerza, que hace que las cosas de Dios y que los compromisos que tenemos como cristianos en el mundo sean más comprensibles y llevaderos. Por eso, desde ya estamos anunciando que todo este regalo que el Señor nos ofrece en el camino que hemos comenzado, conduce, después de una adecuada formación, a la construcción de comunidades fraternales en las que experimentemos lo mismo que vivieron los primeros cristianos y en las que realmente veamos lo que Dios quiere que hagamos por el mundo en el que vivimos.

No olvidemos nunca que, en la familia de la Iglesia, también “la Madre” (Jn 19,27; Hch 1,14; Ap 12,2.17) es parte del extraordinario anuncio que se nos hace. Porque Ella fue elegida entre todas las mujeres para acoger al Hijo (Lc 1,26-38.43; 2,1-52; Mt 1,18; 2,11.13.14.20.21; 12,47-49; 13,55; Gal 4,4) en su encarnación, para darle a luz en un pesebre y para acompañarlo asociándose a Él como ninguna otra creatura en los momentos más importantes de nuestra redención (Jn 19,25-27; Hch 1,14). En efecto, es grande la noticia que dice que el Señor Jesús se preocupó hasta de dejarnos a su madre por madre nuestra (Jn 19,26,) que nos acompaña en la oración (Hch 1, 14) y que nos cuida en la historia (Ap 12, 17). María seguramente nos acompañará con su fe para que nuestra fe no desfallezca y nos animará en el camino que emprendemos en pocos días. En su “sí” inmaculado se fraguará nuestro “sí” al plan de Dios.

- *Vivir nuestra fe en pequeñas comunidades*

Reiteramos que una parte vital de nuestro anuncio es la vida en comunidad. No hay ninguna alegría como ésta porque se trata del más evidente fruto y del regalo más concreto de la muerte y la resurrección de Cristo. Poco a poco, llevando a cabo los mismos ejercicios de los creyentes en la primera comunidad (Hch 2, 42), los creyentes que van aceptando el anuncio del Evangelio van cambiando el egoísmo por amor y aprenden a dar su vida en el servicio de los unos a los otros,



amándose entre ellos con el mismo amor de Cristo, para edificar un mundo nuevo y mejor, de acuerdo con los criterios del Reino de Dios, anunciado por Cristo nuestro Señor.

La iniciación cristiana, que es el camino que vamos a empezar a recorrer, nos va a capacitar para vivir en comunidad y para ser verdadera comunidad cristiana, de modo que cuando el mundo vea la comunidad exclame admirado: “¡Verdaderamente Cristo ha sido enviado para salvar a los hombres y llevarlos al reino del Padre, al reino de los cielos!” Vivir el cristianismo en pequeñas comunidades es la única posibilidad y la única respuesta a un mundo en el que reinan el individualismo y la indiferencia frente a los demás y en el que el amor es una planta rara porque se vive bajo la tiranía de una ética relativista.

Una de las ilusiones que podemos cultivar intensamente desde ya es la de llegar a vivir, muy pronto, en comunidades como las de los HECHOS DE LOS APÓSTOLES. Muchas circunstancias de la historia que vivimos pueden permanecer, pero ciertamente nuestra vida será mucho más bonita y llena de sentido, tendremos cómo interactuar creativamente sobre la realidad que nos rodea y experimentaremos cada vez más fuerte el amor de Dios y la presencia de Jesucristo en nosotros y en la historia de este mundo que Él nos ha encomendado.



SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. *La palabra resuena - ecos del anuncio - trabajo personal.*

Habiendo recibido este magnífico anuncio, trabajemos personalmente sus contenidos más profundos en un rato de silencio. Para captar la importancia y la centralidad de la comunidad de vida, contemplemos serenamente con los ojos de nuestra imaginación acontecimientos que tienen su origen en el día mismo de la resurrección del Señor. Al ver las escenas que se suceden, pensaremos en su contenido, en su significado y en su sentido para el hoy de nuestra existencia. Se trata, por lo tanto, de mirar atentamente cómo, desde la madrugada del día de Pascua, los discípulos comenzaron a tener diversas experiencias del Señor resucitado y cómo su primer impulso interior fue el de retornar a Jerusalén para contar lo vivido a los Apóstoles y a los demás; y ver, entonces, cómo, mientras compartían con tanta alegría su testimonio sobre lo que a cada uno había ocurrido ese día, Jesús mismo se hace presente, corporalmente, en medio de ellos; y cómo, desde aquel día, la comunidad reunida es lugar de experiencia viva de Jesús vivo. Seguir con entusiasmo y con mucha creatividad interior los episodios de los días siguientes: los encuentros del Señor con tantas personas, sus enseñanzas para la Iglesia y, sobre todo, ese maravilloso sentido de familia que desarrollaron, como dice el libro de los Hechos, reuniéndose en oración con María, la Madre del Señor. Ver que el día de la Ascensión ya hay un grupo considerable de seguidores que lo acompañan al lugar desde el cual da instrucciones sobre la comunidad y sobre la misión, con la cual y por la cual deben llegar hasta los confines del mundo.

La historia dice que, después de la Ascensión, de regreso a la ciudad, en Jerusalén, “subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús y de sus parientes...” (Hch 1,13-14) Y ver cómo, en Pentecostés, “reunidos en un mismo lugar” (Hch 2, 1), viven en comunidad ese acontecimiento definitivo. Como lo atestiguan el resto del libro de los Hechos y muchos pasajes de las cartas de San Pablo, desde entonces, la Iglesia busca congregarse en pequeños grupos y quiere vivir sus momentos de encuentro con el Señor en comunidad. Desde ese momento, la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo (2 Cor 13, 14) se experimentan principalmente en comunidad. Terminar este ejercicio viendo con los ojos del alma cómo la savia que nutre las plantas y que hace fructificar de manera tan rica y multiforme a los árboles, recorre todo su organismo, en conjunto, de las raíces y por los troncos hasta las ramas, sin que quede privada de esa vitalidad ni siquiera la rama más pequeña; y ver cómo la desgracia de una ramita comienza cuando se separa del tronco común y comienza a morir hasta que se seca y se pierde. Y, con esta comparación, darle gracias a Dios, con admiración y afecto, por el regalo de la comunidad, por la Iglesia, en la cual podemos nutrirnos del alimento que es Cristo y producir los frutos que Él ha dispuesto que produzcamos. Y, como este proceso que estamos comenzando nos llevará a conformar comunidades muy vivas y concretas en las cuales podremos experimentar todas las riquezas de Dios, pedirle insistentemente al Señor que nos conceda la gracia de vivir toda nuestra vida enamorados de la Iglesia y experimentando sus alegrías en la comunidad de los creyentes.



2. La palabra se comparte - dialoguemos.

Posteriormente, en grupo, resolver las siguientes preguntas: ¿Cómo se construye una comunidad cristiana verdadera? ¿Cuáles serían las notas características de una comunidad como las de los Hechos de los Apóstoles? Elaboren esta respuesta con fundamento en algunos textos bíblicos, entre otros: Hch 1,3-7; o bien: Hch 1, 13-14; o, sobre todo: Hch 2,42-47.

¿Sientes que tu parroquia es comunidad para ti, para tu vida de fe y para realizar tus ideales de intimidad con el Señor y de misionero entusiasta, para el mundo que tanto te necesita, o crees que te ayudaría más un grupo pequeño, donde recibas más apoyo fraterno y cercano, algo de formación permanente y acompañamiento concreto en tu misión? Explique cada uno su respuesta y tomen nota de lo que indiquen las expresiones de cada uno.

De acuerdo con Rom 10,10 que dice que “con el corazón se cree para alcanzar la justicia y con los labios se profesa para alcanzar la salvación”, ¿qué debes creer y qué quieres sinceramente confesar a partir del anuncio recibido en este encuentro?

3. La palabra en la Iglesia - confesión de fe.

Soñemos y construyamos con nuestra experiencia de fe, las Comunidades Eclesiales Misioneras en la comunidad parroquial y la Iglesia Particular. Quien encuentra al Señor Resucitado, no se queda en su experiencia personal, sino que “corre” a compartir la Buena Noticia con los hermanos.

Estas comunidades se centran en Cristo y lo que Él anunció, buscan el crecimiento en la vida cristiana, viven la esperanza de la santidad, son sensibles a las necesidades de los otros, buscan la edificación del reino de Dios y profesan públicamente la fe.

En sentido práctico están conformadas por unas 12 o 15 personas, hombres y mujeres de distintas culturas, distinta educación y hasta distintos estratos sociales, que se reúnen semanalmente, hacen oración personal diaria, practican la caridad con los hermanos, viven la Eucaristía dominical, asumen la lectura orante de la Palabra de Dios, se enriquecen con sus carismas, oran a la Santísima Virgen María y comparten momentos importantes de la vida.

4. Comunión y misión - compromisos

Hacer otros ejercicios personales de contemplación de diversas realidades que nos muestren que el amor de Dios se comunica a los que están unidos a Cristo y, en Él, a la Iglesia: repasar la comparación del árbol, sus ramas y sus frutos, propia de nuestro Señor Jesucristo (cf. Juan 15,1-8), y ver cómo el cuerpo humano recibe su vitalidad de una misma fuente y todo funciona porque sus miembros están unidos entre sí; recordar cómo los proyectos que se hacen en grupo salen más prontamente que los que se realizan en solitario, etc. Y hacer oración pidiendo al Señor que nos dé la gracia de pertenecer a una comunidad viva, bonita, donde nos podamos realizar plenamente como personas y como discípulos misioneros.



Revisar mis experiencias “comunitarias” de todos los días.
¿Qué apporto a la construcción de la comunidad donde vivo, donde trabajo, donde me divierto? ¿Qué me aportan los otros? ¿Cómo mejorar esos grupos para que se nutran del espíritu de la comunidad cristiana?

Oración final:

Dios Padre de misericordia,
cuyo Unigénito, clavado en la cruz,
proclamó como Madre nuestra
a su propia Madre, María santísima,
concédenos, por su cooperación amorosa,
que tu Iglesia, siendo cada día más fecunda,
se alegre por la santidad de sus hijos
y atraiga a su seno a todas las familias de los pueblos.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

